

IDEAS

LA Época

J. JUL. PP p. 9 (Supl.)

Cartas bajo la manga

Un reciente estallido epistolar contrapone estilos y perspectivas para un tema que, de fondo, regula y explica el fenómeno: la búsqueda y consolidación de la memoria nacional aplacada.



**FARIDE
ZERAN**

Desde dónde se escribe y para qué suelen ser preguntas que no siempre se formula un lector al momento de concluir una obra, más cuando ella tiene méritos suficientes y logra atrapar ya sea por la originalidad de su propuesta estética, por el riesgo con que incursiona en el lenguaje o simplemente por la agilidad de una prosa versátil.

Sin duda, la exigencia de estas interrogantes no acompañan los textos que son capaces de sostenerse por sí solos. Y el arte y la literatura no tienen por qué invitarnos a preguntas tan pedrestres que podrían ser asimiladas a una cierta funcionalidad de la creación o, peor aún, a una suerte de compromiso del artista que, a estas alturas, provoca tiritones entre muchos.

En los últimos meses han aparecido en el escenario editorial criollo diferentes obras que corresponden al atractivo género epistolar que cuenta con famosos cultores y numerosos y fieles lectores. Hace algunos días, Editorial Los Andes presentó su *Chile, las Cartas con Historia*, un libro necesario que aporta documentos que invitan a la reflexión sobre la memoria histórica del país.

Seguramente, la conmemoración del centenario del célebre "Yo acuso" de Zola, en que mediante la epístola se desnuda la hipocresía de la sociedad francesa de la época, ha actualizado la validez de esta forma literaria para contener con éxito el torrente crítico hacia un tiempo.

Así se inscribe la *Carta abierta a Pinochet*, de Marco Antonio de la Parra, donde el escritor y siquiatra emprende un "monólogo de la clase media con su padre", como lo señala en un epigrafe y, de la mano de los miedos colectivos intenta un ajuste de cuentas con la figura del ex General.

Las 105 páginas escritas con la fluidez de la catarsis y del oficio logran producir una sintonía entre lector y autor. De la Parra sabe del género, no solo literario, también del humano, por ello su interpelación —a veces desde la vereda del intelectual, ("lo hicimos fatal los intelectuales. Es cosa de mirar el siglo"), otras desde la del ciudadano común— ("¿Por qué le hablo? Quizás por culpa. Culpa de mi silencio, de mis contribuciones, de mi traición diaria"), no transgrede ciertas normas extra literarias ni violenta sensibilidades.

El autor de *La Mala Memoria*, sabe que transita por terreno minado, y lo cruza desnudando sus secretos y exhibiendo sus temores que nos hablan de los secretos y temores del país en la oportunidad de un momento paradigmático: cuando el ex dictador dejaba de ser General activo para transformarse en Senador Vitalicio.

Por ello, si bien puede resultar irritante para quien ha irrumpido a sangre y fuego en la historia pública y privada de Chile, tal licencia es perdonable en tanto el lector puede deducir que se trata de una "deformación profesional"

que no contempla el parricidio

Sin embargo, pareciera que nada es suficiente cuando se invoca a un General que tiene quien le escriba. Porque recientemente, y en respuesta a la *Carta Abierta a Pinochet*, de Marco Antonio de la Parra, otro intelectual de la misma acera del escritor y siquiatra, el sociólogo, periodista y también escritor Sergio Marras, decidió asumir la voz del interpelado saliendo al ruedo con el libro: *Carta apócrifa de Pinochet a un siquiatra chileno*.

En 127 páginas, el autor despliega con temeridad una apuesta peligrosa: debe introducirse en el cuerpo y alma de Pinochet, para desde allí responder párrafo a párrafo a las afirmaciones de De la Parra y, por si fuera poco, incor-

porar paralelamente un análisis crítico del Chile actual, y, más aún, apostar a la ironía y al humor.

El discurso de Pinochet—Marras es crítico, dice algunas verdades y echa por la borda ciertos mitos en los que se mueve el país pero, desde la primera a la última línea resulta desconcertante porque todas las apuestas que se adivinan del autor se estrellan contra la irreducible convicción de que quien habla es siempre Marras: ("Usted dice que yo le quité la máscara a los chilenos. Digamos que se la corrió. Pero todavía la tienen, mi querido doctor. Y no una, varias")

Son sus lecturas, sus interpretaciones de la vida, la muerte, el poder. Es su sensibilidad de hombre de izquierda que mira al Chile de hoy a través de los ojos del ex dictador. ("¿Ha aprendido por fin que éste no es un país democrático, que la ley es más igual para unos que para otros como dice el viejo Orwell? Siempre la mayoría de los chilenos ha sido una vieja cáfila de autócratas obsesivos con sus mujeres, sus hijos, sus empleados".)

Sergio Marras decide la compleja tarea de meterse en una piel que no es la suya, cuestión habitual en la literatura de todos los tiempos pero que no por frecuente garantiza un feliz resultado.

El primer error del autor de *Macías*, no es entregar una percepción matizada del personaje, que sin duda puede poseer, sino superponer una voz propia sobre otra ajena, obteniendo una mezcla de forma y contenido que culmina en un intento abortado y, peor aún, en un libro que

en manos de un desprevenido lector induce a conclusiones seguramente no deseadas por quien lo escribió.

Porque el personaje de Marras es culto, reflexivo, astuto, humano, crítico y autocrítico, ingenioso y sin pelos en la lengua. ("Cómo me iba a imaginar que marxistas se iban a transformar en católicos, defensores de la empresa estatal en asesores de empresas privadas y transnacionales para más remate"). Posee memoria histórica de un hombre de la generación del sesenta que bebió de las utopías de su década. ("El cambio, doctor, me extraña que no lo sepa, SIEMPRE tiene que ver con la fuerza y el miedo. Es mentira que nadie tuvo miedo en los años sesenta. Recuerde Tlatelolco, los reclutas de Vietnam, los negros norteamericanos, los pobres latinoamericanos, Praga").

El segundo error de esta fallida obra epistolar es suponer que la ironía del pulso del autor es similar a la que queda plasmada en letra impresa. Entre medio, a veces se cuele un chiflón donde vuelan sin rumbo las mejores humoradas.

El tercer error, es no prever el riesgo de caer en el "blanqueo" del ex dictador y de su historia oscura.

Desde dónde se escribe y para qué, resulta entonces una pregunta obligada luego de leer las ciento y tantas páginas de *Carta apócrifa de Pinochet a un siquiatra chileno*.

Porque una respuesta inmediata podría sugerir que ante Senadores Vitalicios como los que aparecen en el libro: intelectuales, sensibles, humanistas, críticos, severos ante la estupidez reinante, claros en el diagnóstico demoledor que concluye que éste es un país de mestizos y de huachos, inocentes en los hechos de sangre y en el tiempo del terror, no necesitamos a nadie elegido democráticamente. Más bien, debemos dejar las cosas como están, no innovar en materia política, dar por finalizada la transición, llevar a Pinochet a la presidencia, o bien no molestarlo.

El punto es que las epístolas dan para mucho y, como las armas, también las carga el diablo.

